

*A cuento del patrimonio
cultural de Los Llanos*

FRANCISCO JOAQUÍN PÉREZ GONZÁLEZ

La comarca conocida como Los Llanos de Olivenza comprende once pueblos, que han mantenido fielmente sus tradiciones, sus fiestas, sus cuentos, sus leyendas, sus costumbres, trasmitiéndolas de padres a hijos y aferrándolas a sus particularidades. A continuación se exponen, con un aire literario —permítaseme esa aventurada licencia— una o dos narraciones por localidad. Acompañenme.

La Virgen del Tránsito. Barcarrota

En la capilla de San José, de la iglesia Parroquial de Nuestra Señora del Soterraño, oscura, casi oculta en una pequeña urna existente en el retablo de Santa Bárbara, está, como verdaderamente dormida, la imagen yacente de la Virgen del Tránsito. Hasta aquí, con este primer párrafo, podría bastar para completar las páginas de cualquier libro de historia o modesto folleto turístico. Pero no basta. El contenido de esta recoleta urna ha sido, con el transcurrir del tiempo, motivo de una de las más tenebrosas y espeluznantes fantasías con la que los niños, y no tan niños, de nuestra localidad llenaron sus pesadillas nocturnas en alguna que otra ocasión. La imagen de la Virgen del Tránsito, con su llamativo e imperecedero cabello, mantiene viva la leyenda de que, periódicamente, le tenían que cortar las largas uñas, que el paso del tiempo prolongaba misteriosamente, y el pelo que, desmesurado, amenazaba con hacer perder la



visibilidad en la urna. Todo esto dando fe de que, ciertamente, el cuerpo que allí reposaba pertenecía a una persona real, a la cual, el pasar del tiempo no hacía mella en su rostro, permaneciendo impoluto en su particular sueño eterno.

Cuenta la tradición que las encargadas de tan tétrica tarea eran las menesterosas mujeres en las que se confiaban los oficios propios y monótonos de la iglesia, lo que demuestra que, a tan lóbregas ocupaciones, no se prestaban las conocidas mayordomas de acomodado origen, que en cambio sí mimaban y cuidaban de la imagen que da titularidad al templo.

El cuerpo que allí reposaba pertenecía a una persona real, a la cual, el pasar del tiempo no hacía mella en su rostro, permaneciendo impoluto en su particular sueño eterno (Barcarrota. Iglesia de la Virgen de Soterraño).

Bien es cierto que la villa conoce la realidad del cadáver original. Se cuenta que el cuerpo que en la urna reposaba, perteneció a una niña que feneció el día de su primera comunión y se encuentra actualmente sepultada en la iglesia de Santiago Apóstol. Allí se trasladó para evitar las

molestias que causaba regularmente su mantenimiento. La actual imagen, de la que los más viejos y píos del lugar desconocen su origen, viene a perpetuar la leyenda, ocupando el lugar que, durante tantos años, fue objeto de la mirada de curiosos y de atrevidos niños. No obstante, y aún teniendo en cuenta la supuesta venida a menos de este tipo de historias, en las tardes de otoño, cuando el viento araña los vidrios de las viejas cristalerías, no es nada aconsejable visitar la oscura y fría capilla de la iglesia de Nuestra Señora del Soterraño.

Los monjes de Torre de Miguel Sesmero

El camino hacia Jerez de los Caballeros se hacía perezoso. La carreta, empujada por dos caducas mulas y sorteando el pedregoso terreno, avanzaba bajo el sol terrible de aquella mañana de agosto. Un nutrido grupo de tostados campesinos, quitándose el sombrero y arrugándolo entre sus manos, se persignaba a su paso. Las grandes ruedas que arrastraban la carreta hacían sonar su llanta oxidada. Dentro, y envuelto en restos de añejos sayales, se encontraba la ajada y sin vida figura de fray Matías de Alcántara. Su cuerpo, rebotando al tropezar las ruedas en las piedras del camino, era dirigido hacia Jerez donde, después de oficiar un sencillo funeral en el convento, sería preparado para ocupar su última estancia en esta tierra. Al pasar por Barcarrota, los campanarios de las iglesias de Santiago y Nuestra Señora del Soterraño doblaron sus campanas y el eco de esta agonía crispaba el ánimo de los dos monjes que, acompañados por buena parte del pueblo, guiaban a las mulas.

Tiempo atrás, fray Matías y sus compañeros de Orden habían acostumbrado al

Un nutrido grupo de tostados campesinos, quitándose el sombrero y arrugándolo entre sus manos, se persignaba a su paso (Torre de Miguel Sesmero: imagen de la Virgen de la Candelaria).





*Torre de Miguel Sesmero:
fachada de la iglesia de Nuestra
Señora de la Candelaria.*

pueblo de Torre de Miguel Sesmero a un sinfín de servicios, algunos de ellos mágicos. Esta devoción a la localidad surgió quizás debido a una precoz visita, cuando uno de los referidos monjes, inválido, al salir de la iglesia de la localidad, se encontró totalmente recuperado. Este milagro hizo que, a partir de entonces, los tres monjes visitaran con suma frecuencia esta localidad. Más tarde, aún se llegaron a hospedar en una casa que entonces existía en la calle del Pozo. Allí, en cierta ocasión, se cuenta que la dueña de dicha posada se quedó sin aceite y los monjes, en agradecimiento a sus servicios y confiando en sus capacidades para hacer el bien a cristianos que así lo merecieran, le llenaron, milagrosamente, una pequeña tinaja de barro, diciéndole que la misma permanecería llena perpetuamente, siempre y cuando no mirara ella en el interior. La curiosidad de dicha ama

la llevó a mirar el contenido, haciendo caso omiso a las instrucciones que le habían dado los monjes. La tinaja desde entonces permaneció seca como castigo a la desobediencia demostrada.

Así pasaron estos casi anónimos y extraños visitantes por la historia de Torre de Miguel Sesmero, haciendo cuanto de bien le solicitaban los vecinos y pregonando una fe que les hizo famosos en la comarca hasta que una triste enfermedad acabó con uno de ellos. El traslado, como ya se ha comentado, fue un auténtico peregrinar de fieles y fue compungidamente observado por todos aquellos por cuyo lado pasaba el cadáver. Nunca se supo el final de sus compañeros, pero lo que quedó claro en la evocación de la población es que, en esta breve época, sucedieron en sus calles extraños y milagrosos prodigios de difícil explicación y que aún se comentan y comentarán de abuelos a padres y de éstos a sus hijos, consolidando una leyenda que, difícilmente, podrá apartarse de su memoria.

San Pedro el Segador. Táliga

La 'Lobata', mujer alta y oscura, aún conservaba motivos en su imagen que demostraban la belleza juvenil que en otros tiempos atesoró. Todos los días sacaba los archiperres a la calle para, una vez calentado el aceite, preparada la masa y cortadas las hojas de palmera, ofrecer sus churros a todo el que quisiera saborear la alargada y dorada masa que fabricaba. Todos los días el mismo rito. De siete de la mañana a once. Por la tarde cumplía el mismo horario. El humo del bidón que, rebosante de aceite, instalaba en la pequeña plaza, inundaba de un sabroso aroma que, al decir de uno de los ancianos que cada tarde sentado en la sombra de una estropeada encina hacía su guardia, parecía que solamente con inhalarlo alimentaba.

Pero aquella tarde era especial. Una tarde de aquellas que solamente en los pequeños pueblos saben esperar con cierta impaciencia. Una tarde en que, desempolvándolos, se sacan los relucientes vestidos de vivos colores que lucirán las mozas y, descolgados de las perchas donde por mor del tiempo han adoptado una recia y casi acartonada forma, los mozos descuelgan sus bordados chalecos negros. Esa tarde era la de San Pedro. San Pedro el Segador.

Cada año, una vez acabada la siega, el pueblo se echa a la calle y, entonando las canciones que sus abuelos les han legado, se dirigen a la pequeña y calurosa plaza donde, al ritmo que les marca el acordeón, danzan alrededor del enorme pelele que, en esta deseada y única fecha, sientan para disfrute de su compañía.

La 'Lobata', habitualmente, es la encargada de confeccionarlo. Este gran muñeco, reflejo de San Pedro, permanecerá instalado durante toda la tarde hasta que los faroles iluminen el ánimo

Aquella tarde era especial. Una tarde de aquellas que solamente en los pequeños pueblos saben esperar con cierta impaciencia (Táliga: ermita).





Táliga: puente medieval.

de los celebrantes. Al gran San Pedro de enormes pantalones y descomunal camisa, le colgaban unos cuernos de los que usualmente, lleno uno de vinagre y el otro de aceite, los segadores se llevaban al campo para aderezar las ensaladas que más tarde les proporcionaba la fuerza que tan dura labor necesitaba. Al gran San Pedro, además, lo adornaban con sombrero y refajo. Al gran San Pedro, santo viejo, le colocaban, cómo no, llaves por todo el cuerpo, emulando al guardián de las puertas del cielo. La 'Lobata hacía su 'agosto' vendiendo su artesanal mercancía. El homenaje de agradecimiento que el pueblo ofrecía al referido santo le servía para acrecentar su maltrecha economía. Cuando los primeros reflejos del sol se dejaban sentir en la espalda, los mozos, armados de estacas y piedras, linchaban al gran muñeco hasta que su imagen quedaba irreconocible. Era el disfrute final a una larga y animada velada. Esto

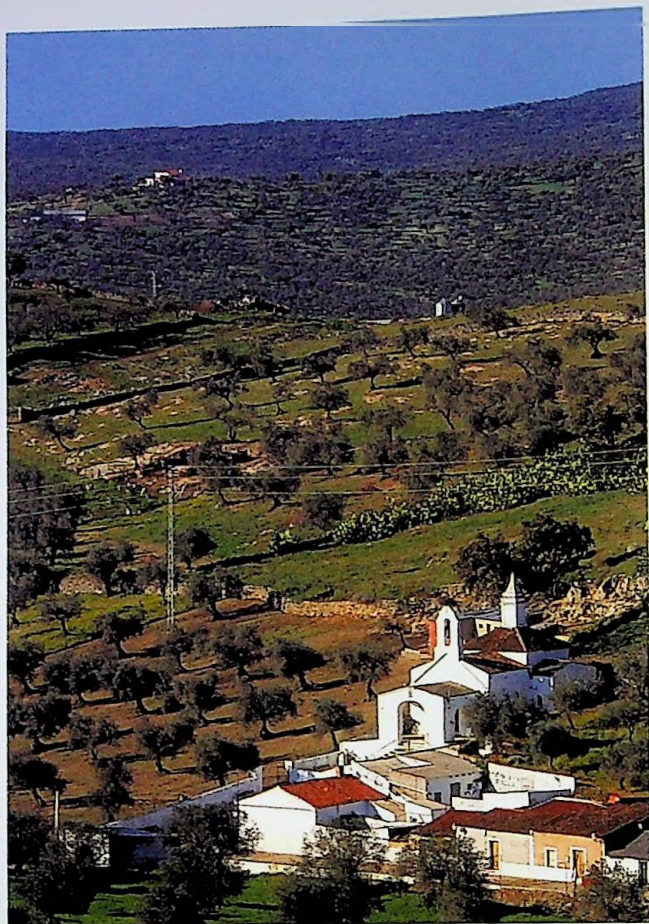
sucedía en el pequeño pueblo de Táliga, lugar cercano a todas partes y de moradores sencillos y trabajadores. El esfuerzo que cada año le suponían sus labores agrícolas lo solían celebrar de esta devota manera agradeciéndole al santo el resultado de las mismas y rogándole para que al año siguiente fuera, al menos, tan provechoso como éste. Para San Pedro del año siguiente, la 'Lobata', la del aceite hirviendo y las hojas de palma, ya tenía casi preparado el pelele que tanto animaba a la gente y que tan buen resultado le daba.

El toro de oro. Higuera de Vargas



El sol es inaguantable. Los mozos no paran de proveerse de agua de la pequeña fuente que mana a su lado. La caza, de esta manera, se hace imposible (Higuera de Vargas: arquitectura popular).

El sol es inaguantable. Los mozos no paran de proveerse de agua de la pequeña fuente que mana a su lado. La caza, de esta manera, se hace imposible. Todos, alrededor de una higuera, se afanan en preparar la comida que degustarán como premio a una larga y tediosa jornada. El joven Iván, de tez morena y regias maneras, acercó sus palabras al oído del anciano Juan, su hombre de confianza y, como inseguro de la respuesta, le propuso:



—Aquí hemos de instalarnos. ¿No te parece bello el paraje?

—No le entiendo, mi Señor —murmuró el criado que, con el pan sujeto bajo el brazo, se disponía a cortar una rebanada.

—Venimos a menudo. ¿No crees necesario levantar aquí una pequeña fortaleza que nos acoja en días como éste?

—Desmesurada, mi Señor, creo que es su idea. Esta tierra seca y este paisaje de higueras, en otoño, cuando caigan todas estas hojas y dé ese aspecto cadavérico a los árboles, no le proporcionarán otra cosa que tristeza.

Iván no olvidaba su empeño. El tiempo fluía acompañado del monótono llanto del río Ardila que tan cercano volaba. “Esto es lo que yo quería. Lástima que el viejo Juan no lo conociera”. El ya maduro Iván contemplaba desde lo alto de las almenas el enorme terreno que se extendía ante sus ojos. “Los mozos se instalarán alrededor de mi castillo. Levantarán sus casas. Tendrán familias. Yo les proporcionaré siempre la protección que me soliciten. Crearé un pueblo”.

*Higuera de Vargas:
ermita de Nuestra Señora
de Loreto y portada de la iglesia
de la Concepción.*

El desvelo de Iván dio pronto su fruto. Efectivamente, este lugar, que en un principio solamente era un higueral enorme, se abrió ante su mirada como una próspera villa donde los vecinos se afanaban en cuidar la tierra y asegurarse el futuro. Hoy en día, los muros que sobreviven a este sueño se hallan en su interior ocupados por las ramas y raíces de las higueras bajo las cuales Iván descansaba.

Hay vecinos que aún se atreven a asegurar que, desde esta hoy casi ruinosa fortaleza, parte un largo pasadizo que llega hasta la sierra de Mampolín. Otros aventuran que, en esa misma sierra y quizás pareja al pasadizo, existe una gruta donde aún se podría encontrar un toro de oro. La realidad puede ser bien distinta pero el hecho es que, siendo muchos los que han proclamado la certeza de estas construcciones ocultas, la imaginación popular y el dotar de certeza a la fundación de la villa hace que, en las tardes de otoño, al calor de las primeras candelas de las cocinas, los niños higuereños pregunten a sus abuelos sobre el misterioso brillo del toro de oro.

Los Quebraos de la noche de San Juan. Villanueva del Fresno

En Villanueva del Fresno, pueblo fronterizo y amplio, de calles blancas y heráldicas casas, las noches de verano la gente las pasa sentada al borde de su acera, evitando el calor que han absorbido durante todo el día sus casas y aprovechando el aire que, procedente de las calles vecinas, deja sentirse como una suave caricia que tranquiliza las sosegadas almas. Las sillas de enjuta enea le sirve de apoyo al derrotado cuerpo que las tareas agrarias les ha dejado. Un nutrido grupo de niños corren enarbolando una prendida 'hacha de gamona', ya más que reseca, que de la pasada Navidad aún le habrá sobrado. El aroma que invade el fugaz trayecto deja en los ojos de los reposados vecinos lágrimas entre nostálgicas y evocadoras. En Villanueva del Fresno aún se recuerda que en la noche de San Juan se representaba un curioso rito entre mágico y supersticioso, donde, a los niños que sufrían de hernia ('quebraos' los



*En Villanueva del Fresno, pueblo fronterizo y amplio,
de calles blancas y heráldicas casas, las noches de verano
la gente las pasa sentada al borde de su acera
(plaza del pueblo y ermita del Cristo de la Expiración).*





Parque de Villanueva del Fresno.

llaman por estos pagos), le hacían pasar bajo un arco de mimbre que en una huerta cercana instalaban para llevar a cabo este extraño rito. Cuando el reloj ya señalaba las doce, se colocaba un familiar (el padre, por ejemplo) al lado del gran arco de mimbre sosteniendo en brazos al niño y, por debajo del arco, lo entregaba a otro familiar (el padrino, normalmente) que se encontraba en el lado opuesto. Mientras esto sucedía, el familiar que lo entregaba decía, siguiendo una retahíla que se repetía cada noche de San Juan: “María”. “Qué quieres, Juan”. “Coge este niño que ‘quebrao va, pásalo por la mimbre que San Juan y María lo sanarán”. Una vez que es recibido en el otro lado del arco, el que ahora sustenta al enfermo niño lo vuelve a entregar repitiendo el texto ya pronunciado.

En esta localidad siempre se ha pensado que no hay mejor manera para sanar a los niños ‘quebraos’. La magia de la noche de San Juan, aquí la transforman en sencilla superstición y esperan que cuando, al amanecer, los primeros campesinos comiencen su tarea, el niño, por el que velaron la noche anterior, esté tan sano como la ilusión de sus familiares han deseado.

En Villanueva de Fresno, la noche de San Juan huele a regada huerta y noche calurosa, a reloj parado y mimbre seca.

El tesoro de la calle Cristo de Almendral

Es de noche. En la sala que inaugura la estancia y, tras un disimulado portazo, el amo y el alarife, arrastrando éste el dolor de una aún joven cojera, se dirigen hacia el patio (Almendral: portada gótica de la ermita de 'Finibus Terrae').



Es de noche. En la sala que inaugura la estancia y, tras un disimulado portazo, el amo y el alarife, arrastrando éste el dolor de una aún joven cojera, se dirigen hacia el patio. Allí, iluminados por la luz del candil que sostiene el amo, se detienen y hablan. No tardaron mucho en decidir el lugar. El extraño cometido que Juan Sandoval les había propuesto les llevó hacia cualquier ancho muro de la vivienda. Allí y haciendo el mínimo ruido, ayudado por un pico envuelto por una raída manta, comenzó a picar la pared. Un polvo rojizo de barro cocido empezó a molestarle en la lengua. “Un poco más”, indicó el amo. “Hay mucha piedra. Me extrañaba a mí que un muro tan ancho fuera todo de ladrillo”.

Un hueco quedó abierto en el lienzo blanqueado y pulcro, lo suficientemente ancho como para permitir esconder el pellejo. Sandoval volvió a mirar el contenido de la improvisada bolsa. Sus ojos se iluminaron de tristeza al recordar que su fortuna hubiera permitido llenar cientos de bolsas de piel como la que ahora sostenía en sus manos. “¿La meto ya?”, preguntó el viejo albañil, secándose con una manga de su maltrecha camisa el sudor. “Espera”. Tras un silencio en el que pasaron

por su imaginación, en segundos, todos los estropicios que tanto sus hijos como su mujer habían hecho con su abundante riqueza, recordó cómo aquella mañana de verano, durante el mercado semanal, cuando los ambulantes mostraban sus mejores cerámicas, lienzos y porcelanas, sus hijos, acompañados de los criados y espoleando sus caballos, destrozaron todo lo que por el empedrado suelo se exponía. Este divertimento le costó mucho más de lo que en realidad debía pagar a los vendedores damnificados. Los comerciantes, conocedores de la fortuna del progenitor de los malcriados gamberros, aprovecharon y tasaron lo destrozado por encima de su valor real.

Ató el pellejo del becerro y, antes de ofrecérselo a su viejo ayudante, aún le dio tiempo de recordar aquella otra ocasión en que sus hijos, acompañados por braceros de su finca, cambiaron la linde de la misma, apropiándose indebidamente del terreno del vecino. Éste, refugiándose de la riqueza del padre de los usurpadores, igual que habían hecho los vendedores ambulantes, procedió a valorar el terreno allanado en cientos de reales más de lo que en realidad costaban las tierras. Estos motivos, entre otros muchos, fueron lo que llevaron a Sandoval a tomar la decisión de coger una notable cantidad de la hacienda que aún poseía y, envuelta en la piel sobre la que ahora lloraba, emparedarla. Creyó que era la única manera de que sus herederos no terminaran con ella.

La noche caía como una losa adornada de estrellas sobre el corral del caserón. Allí sentados, el amo y el criado convinieron en no revelar el lugar donde se habían ocultado las monedas.

Salieron de la casa de la calle del Cristo y, dirigiéndose a una esquina, donde un farol aún goteaba aceite, se despidieron hasta la mañana siguiente. “Ha tenido que ser así. Moriremos con este secreto”.



Almendral: pila bautismal de la iglesia de San Pedro.

“Sí, mi Señor. Ya vendrá alguien que sí sepa apreciar el sudor que le ha costado amasar su fortuna”. “Gracias, Miguel. Mañana hemos de vernos. Ahora vete y descansa. Es tarde”.

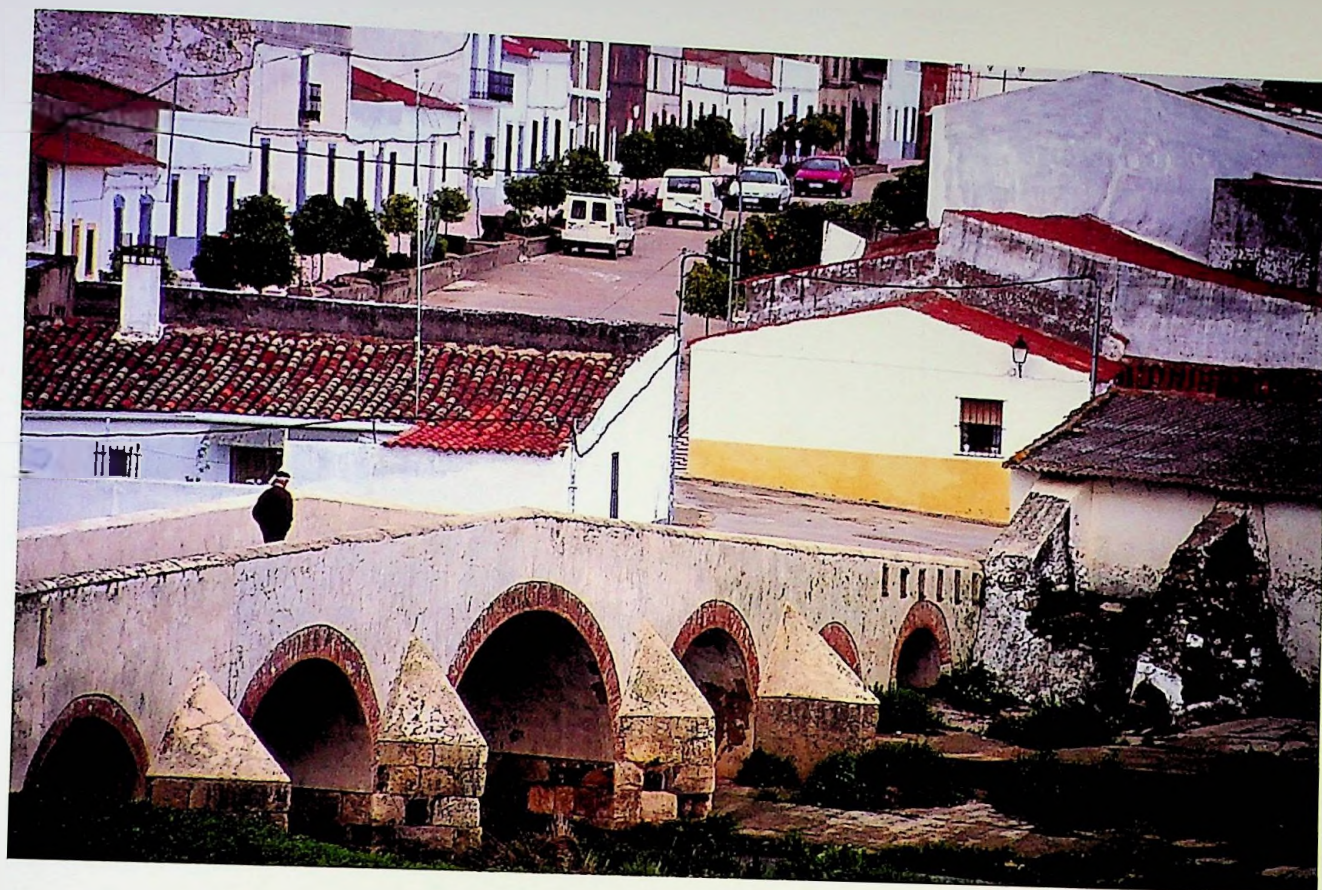
Esto ocurrió hace muchos años. La casa pasó por distintos dueños. Cuentan los actuales que el vencido viejo, poseedor antaño de incontables riquezas, murió con la cabeza ‘perdida’ a causa de un golpe que le propinó un becerro durante un herradero. Uno de los hijos pasó sus últimos días en la más absoluta de las indigencias, recogido por uno de sus, en mejores tiempos, criados. Es tentador hoy en día acariciar los muros de este caserón, donde, confundido con el calor que absorbe la cal, se siente el tintineo que, dentro de un raído pellejo, producen las monedas que aún conservan en su interior y que se reproduce por toda la estancia, obsequiando el oído y la imaginación de todo el que la visita. *Por muchos años.*

Los ‘Mastros’ de Alconchel

Atrás quedaron los cántaros rotos en la plaza. Atrás quedaron cuando, por Carnaval, las ilusiones de decenas de jóvenes que, repartidos en corros por cualquier plaza del pueblo, arrojaban sus pucheros y porrones a aquélla o aquél que pretendía ocupar su corazón, con el fin de que a éste o ésta se le rompiese y se cumpliera así su onírico deseo.

La construcción de los primeros ‘mastros’ diluía estos recuerdos y difuminaba la nostalgia que, disimulada en casi invisibles lágrimas, se ocultaba entre las risas que las caricaturas de los ya casi contruidos peles, les producían.

En la noche de San Juan, los alconcheleros, vengán sus fantasmas construyendo estrambóticos muñecos a los que llaman ‘mastros’. Los visten y caracterizan de manera que imiten a viejos o actuales personajes públicos. Así, alcaldes, concejales, ministros o hasta el mismo rey, como en aquel año que estalló la República, son víctimas de su aversión. Las réplicas inanimadas (aunque, en ocasiones, articuladas) se postran ridiculizadas y quemadas para deleite del pueblo entero.



*La construcción de los primeros 'mastros' diluía estos recuerdos
y difuminaba la nostalgia que, disimulada en casi invisibles lágrimas,
se ocultaba entre las risas que las caricaturas de los ya casi contruidos peleles, les producían
(Alconchel: puente medieval).*



*Alconchel:
celebración de 'Los Mastros'.*

En la explicación que escrita se suele colocar en el mismo 'mastro' para justificar de esta manera su pecado, el papel que al rey Alfonso XIII, recién proclamada la República le colocaron, respondía a la pregunta que su mujer le hacía: "¿Te vas Alfonso XIII?" "No, que me echan"

La docena o a veces más muñecos que anualmente cuelgan de sus ventanas, en cualquier plaza o esquina esperan que, al anochecer y cuando los jóvenes hayan agotado sus fuerzas cantando, bailando y enamorándose bajo una de las primeras lunas del verano, sean arrojados a las candelas.

A los niños traviesos ya no les asusta la Zaragutia Mora, la antigua reina mora que amenazaba con encerrarlos en sus mazmorras si no hacían caso de las órdenes de sus mayores. Ellos saltan alrededor del fuego, danzando y disfrutando de la extraña y, ante sus ojos, inexplicable noche que sus padres tantas veces han vivido y en las frías tardes de otoño contado.

En Alconchel son conscientes de su pasado. Entre el Fantasma de las Cadenas y el Pelón que vengó a su ultrajada hija, saben incrustar nuevos y enigmáticos personajes que ofrecen su efímera vida al dios fuego para divertimento en una de sus noches más celebradas.

Las 'Espantaruja's' de Nogales



Nogales: traseras de la iglesia de San Cristóbal.

Las casas de Nogales se retuercen hacia el castillo como si éste fuera el eje de un tiovivo de largas y arrugadas cintas blancas y rojas. Las casas de Nogales visten sus fachadas de luminosa cal, desde el húmedo tejado hasta los altos e inclinados acerados. Las casas de Nogales ocultan entre sus anchos muros los fantasmas que, atemorizadores de la infancia olvidada, rezuman sueños entre las grietas encaladas de las alcobas. En Nogales, a estos fantasmas los llaman Espantaruja's. A veces, y los más viejos, Pantaruja's.

Una noche en este pueblo es un ir y venir de sombras, calle arriba, calle abajo, provenientes del castillo y de su vecino, el camposanto. Los ancianos de Nogales a las Espantaruja's les rezan canciones y, entre risas, oyen la voz de su alma y de su infancia:

*En el cementerio entré
y oí un hombre darme voces
y era un panadero
que hasta muerto me conoce,
de treinta panes que le debo
desde el mes de enero.*

En una ocasión, cuenta el anciano Eladio que a una mujer de Santa Marta que venía a enamorar a un nogaleño no se le ocurrió otra cosa que venir vestida de Espantaruja. Por la carretera y acercándose al pueblo, iba atemorizando con su traje negro y el cántaro agujereado e iluminado en su cabeza, a todo el que por aquellos campos estaba:

*Con un velo por la cara
de luto la vi pasar
y me obligó preguntarle
que quién se había muerto en el cielo
que la Virgen iba enlutá.*

Otra vez la muerte entra en los corazones de los nogaleños y, entre ráfagas de húmedo viento, se aproximan las tormentas que, entre visillos, observan acercarse las noches de Espantaruja. Un niño corre a su casa perseguido por la silueta de una farola. Un perro huye empujado por la sombra del árbol viejo.

La tarde muere tendida en la pared del cementerio.

Las Diablas de Valverde de Leganés

San Bartolomé, aquel Apóstol que pereció degollado, conserva aún en sus manos el cuchillo de su tormento. En Valverde de Leganés, los parroquianos comprueban a diario el brillo de su afilada hoja a través del cromado sol que filtra la cristalera de su iglesia. Se adivina el penar del Santo y el dolor que acumulan sus ojos en la vidriera que preside el altar mayor de la misma.

Los valverdeños aprovechaban, hace una veintena de años, su festividad, allá por el 24 de agosto, para revivir un extraño rito que aún ocupa un hueco en la dilatada memoria de los mayores. Ellos lo llamaban las Diablas. La víspera de este día, las mujeres, portando un enlutado y tétrico atuendo, constituido la mayoría de las veces por túnicas negras con una lámpara en la cabeza, recorrían las calles de la población arras-



Los valverdeños aprovechaban, hace una veintena de años, su festividad, allá por el 24 de agosto, para revivir un extraño rito que aún ocupa un hueco en la dilatada memoria de los mayores (Valverde de Leganés: retablo de La Dolorosa en la iglesia parroquial).



*Valverde de Leganés:
Plaza del Lagar.*

trando cadenas y latas y blandiendo palos con los que golpeaban las puertas por donde pasaban.

Este recorrido impregnaba las calles de un delicioso y a la vez triste aroma de nostalgia de siglos. Se leía en la mirada del gentío el dolor sufrido por el venerado Santo que ahora celebraban, al que golpearon, encadenaron e hicieron padecer tales sufrimientos que los sonidos que reproducía el eco de los largos pasillos de sus casas era devuelto, convertido en feroces lamentos. Para entorpecer el mal augurio que suponía que golpearan una puerta, los vecinos orlaban sus entradas y pasillos con una figura a la que estéticamente acompañaban con luces y cruces de Caravaca, suponiendo de esta manera poder espantar a las Diablas que se acercaban hasta ella.

Hoy en día el pueblo ha perdido esta costumbre. Ya las hojas de sus puertas permanecen abiertas, indiferentes al paseo de los vecinos en tan señalado y festivo día. La emplomada imagen de su venerado Apóstol conforma el único mítico y místico acompañamiento de los vecinos de Valverde de Leganés. Las Diablas, ocultando sus oscuras figuras, permanecen tendidas en el fondo de los empolvados baúles que, arrinconados en los doblados, son portadores de tan vivos recuerdos.

El Rey de Oro. Olivenza

*Bajo la vieja cal de la casa
se oculta la huella
de manos apoyadas
por torpes labradores
y sabios soñadores.*

En Olivenza, sus intrincadas y blancas calles nos conducen a través de nobles caserones y arcos encalados a un pasado reciente de guerras y conquistas. Olivenza, ciudad hasta no hace mucho portuguesa, esconde a la sombra de su castillo, sueños y almas de lusos añejos que perdieron su vida sin saber en que país descansarían sus cenizas.

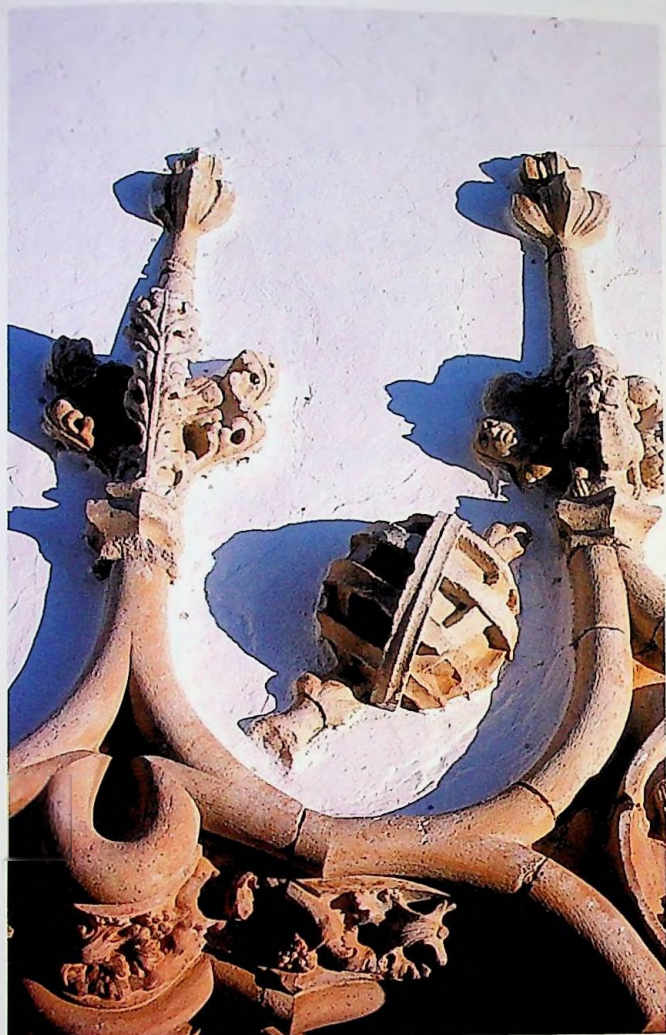
Las tardes, bañadas por el aire fresco que proviene del Guadiana, rezuman nostalgias de un viejo país olvidado a la otra orilla del río. Las noches en cambio, traen a las temblorosas manos de los más ancianos las historias que, como pliegos amarillentos y olvidados de su memoria, manejan, manosean y modelan constantemente cuando la atenta curiosidad de sus nietos las requieren.

Es el caso del anciano Tomeo que, casi ocultando a un nieto en su regazo, le comenta cómo, cuando él corría por el derruido Puente *Ajuda*, ya escuchaba de sus mayores la historia que ante los curiosos y chispeantes ojos del niño le mostraba. Las palabras las iba dejando caer como cuentagotas de ingenio y la destreza retórica elevaba la mirada del muchacho en busca de explicación lógica a sus dudas.

El 'Guitas' le llamaban. Tal vez sea, junto al nombre, el único dato cierto que queda de esta leyenda. Este joven soñador llenaba sus noches con avariciosos sueños, uno de los cuales le aportó un notable mal que hizo de su onírica experiencia motivo de una leyenda. El 'Guitas' vio una noche como una pulcra y enigmática anciana le revelaba, deambulando en sueños por las esquinas de su dormitorio, la existencia de una estatua a la que se refirió como un Rey de Oro valiosísimo. Muchas otras noches buscó a la anciana en sus sueños, siempre inútilmente, hasta que, por fin, una noche la encontró y, tras hacerse de rogar, le indicó con más



Bajo la vieja cal de la casa / se oculta la huella / de manos apoyadas /
por torpes labradores / y sabios soñadores
(Olivenza: chimeneas).



aproximación el lugar donde hallar la estatua que le reveló en noches anteriores. Las cuevas que existen en la cercana Sierra de Alor, a las que el tiempo les ha conferido unas formas que invitan a cualquier cosa menos a introducirse en sus intrincados huecos, fue el sitio indicado por la mágica vieja.

Además del lugar también le reveló el sinuoso camino que debía seguir para encontrarse frente a tan preciada figura. El sueño del 'Guitas' iba adquiriendo forma. Decenas de carros, arrastrados por mulas y cansinos asnos, cargados de arena, fueron haciéndose habituales a la vista de cuantos por esta sierra se acercaban. Los campesinos se encaminaban a su diaria tarea comentando para sí la locura de un hombre en otro tiempo natural y sencillo.

El anciano Tomeo desliza su mano por la frente, trayendo y deformando tras sus dedos los rojos párpados que los años han

*Olivenza:
detalle de la portada manuelina
del ayuntamiento y parque.*

aumentado y carraspeando, continua su relato. El nieto, fabrica torcidas con el deshilachado vestido de la camilla y no soportando tan leve demora, le impele, tirando de la raída pana de su pantalón, a proseguir.

El joven de nuestra historia, el 'Guitas', invirtió toda su fortuna en excavar las profundas galerías que ocultaba la cueva. Los años se perdían y las ilusiones con ellos. Una mañana de invierno, Felisberto Martins, el 'Guitas', vencido por los años, amaneció muerto. Esa última noche seguramente habría soñado con el Rey de Oro y con las cuevas que, arrasadas, lucían y enseñaban sus polvorientas entrañas al débil sol de enero. Sus arruinadas y rígidas manos aparecían simulando sujetar y acariciar una imaginaria y valiosa figura. La figura del sueño que había ocupado su existencia y que ahora continuaría más allá de las estrellas.

En Olivenza, Tomeo transmite la leyenda a su nieto. Éste lo hará a los suyos cuando llegue el momento y todos terminarán añadiendo al relato detalles que su imaginación proponga.

El sol se cruza en su camino con el vuelo de un gallardo milano. Un lejano grito cambia el rumbo de esa mañana.

A pesar del tiempo transcurrido, en la Sierra de Alor, aún se percibe el brillo de un tesoro que, entre las abruptas grietas, se imagina y el grito lejano y profundo de un alma que, arañando la tierra con surcos de sangre, persigue un sueño jamás conseguido.

Los 'Marochos' de Barcarrota

*Barcarrota está en fiestas,
noche de San Juan,
busca tus lujos,
ponlos a pasear.*

*Desde la Atalaya
se escuchan las risas,
se acerca una vieja,
y se cae con las prisas.*

*Dónde vas corriendo,
preguntan a un niño,
a ver a un Juan
con Marocho de apellido.*

*Del Llano de la Cruz
llegan más vecinos,
a comerse las flores
y degustar el buen vino.*

*Un Marocho que se baja.
¡Que lo atrapen!
El alcalde: ¡qué no escape!
Un murmullo: ¡Si es de paja!*

*El fuego se apaga,
se retira la gente,
se guarda el patíbulo
hasta el año siguiente.*

Coplillas. Versos sencillos que reflejan lo que, desde hace muchos años, tantos que ni en la memoria de los más viejos del lugar queda constancia, se celebraba en Barcarrota, por San Juan. Una fiesta en la que todo el pueblo participaba, siendo los niños y ancianos los que más énfasis ponían. Nos estamos refiriendo a la ya hace algunos años recuperada, fiesta de Los Marochos.

Los Marochos son unos grandes muñecos fabricados con madera, trapos y paja, ataviados con ropajes tradicionales de la zona y que representan a un hombre y una mujer, teniendo éstos por nombre los de Juan y María.

En la víspera de San Juan, por la noche, son sentados uno junto al otro en una plaza del pueblo, la del Altozano. Es el momento en el que miles de dulces y varias arrobas de vino son consumidas por los asis-



Barcarrota está en fiestas, / noche de San Juan, /
busca tus lujos, / ponlos a pasear
(Plaza de la Iglesia).



Barcarrota: Plaza del Altozano.

tentes. Es fácil, aun hoy, imaginar las miradas de nuestros abuelos perdidas en la noche al calor de la hoguera que, cerca suyo, prendía.

Al llegar las doce de la noche del 23 de junio, los mozos sacan en una rápida procesión a los muñecos hasta la plaza aludida, perseguidos por niños que, abiertos y brillantes ojos, alrededor suyo saltan. El mástil que servirá de patíbulo a los muñecos espera impaciente. La candela, que inundará de luz la plaza, animará e iluminará la noche.

Una vez concluidos los muchos actos que jalonan la noche, los Marochos serán arrojados al fuego. Su destrucción supondrá el final de la fiesta. El aire del amanecer sofocará la atractiva y descomunal candela.

La bendición del fuego. Cheles



José Antonio Torrado ha encerrado en su bello libro y ahora sí que para toda la eternidad una amplia retahíla de historias, ritos y leyendas que bien merece el agradecimiento eterno de su pueblo. José Antonio se ha sentado con los mayores de Cheles durante años —seguro— y de entre sus sabias palabras ha entresacado hechos y momentos que nos trasmite con esa magia especial que sólo los buenos narradores saben hacer con atino.

En Cheles, Don Francisco Manuel de Villena, octavo señor del lugar, planea incesantemente sobre su historia. En Cheles las tardes de invierno traen a la mente de sus más ancianos vecinos el recuerdo de la llamativa “Bendición del Fuego”.

En Cheles, las tardes de invierno traen a la mente de sus más ancianos vecinos el recuerdo de la llamativa “Bendición del Fuego” (Iglesia de Nuestra Señora de la Concepción).

—¿En qué consiste esta bendición? —parece inquirir Torrado a su longevo contertulio al aliento de un buen caldo.

—¡Uy, hijo, eso se dejó de hacer hace ya tanto tiempo...!

—No importa. Cuente, cuente. Llène otra vez por favor.

—En la iglesia de Nuestra Señora de la Concepción, que no sé yo decirte desde cuando está hecha, pero que seguramente es de tiempos de los antiguos...

—Primer tercio del siglo XVI —apunta José Antonio colocándose con ahínco sus gruesas gafas.

—Bueno, pues en esa iglesia y hasta que comenzó la guerra se hacía una ceremonia muy llamativa y curiosa que, como yo, únicamente recordaremos los que por esa fecha ya casi vestíamos chaqueta. Escucha: En Cheles, las mañanas de niebla envuelven por completo el blanco de las casas y hace brotar de su fría cal un reguero de humedad que bien pudieran parecer tristes lágrimas. La vieja torre de la iglesia da las doce. Hora del Papa.

—Llene aquí de nuevo al señor Goldrofe. —Vaya nombre.

—¿Sí? Pues había, quizás esté aún, un santo en la iglesia con ese nombre. Ya sabe, los antiguos. ¿Por dónde iba? El día de la Candelaria, se reunían en la iglesia toda la corporación municipal al completo. Ese día, el sacerdote, y, por los visto desde hace muchísimo tiempo —siglos tal vez—, encendía la llama de una vela. Una vez bendecida se la entregaba al alcalde.

—¿Para qué? —inquiére José Antonio sin dejar de anotar hasta el mínimo detalle de cuanto se le narra.

—Yo no entiendo mucho de estas cosas pero por lo visto era para dar suerte al alcalde para que en el nuevo año hiciera con acierto su labor.

—¡Qué curioso!

—¡Pues eso no es todo!

—¿Aún hay más?

—¡Claro! Pero habrá que llenar otra vez.

—¡Goldrofe, que luego tu mujer te regaña!

Una pareja de grullas sobrevuela lentamente el pueblo. Dos niños

las miran. Uno incluso hace pose de disparar con su imaginada escopeta. Irán hacia el Alcarrache o tal vez a la Laguna Grande. En el Guadiana no se quedan mucho. Buscan aguas estancadas. ¡El hambre hijo, el hambre!

—Una vez que el alcalde tenía la vela en su mano, y acompañado de los demás ediles, comenzaban una leve procesión por las empedradas calles que rodeaban el templo. Buen año de miel sería si el cortejo volvía a la iglesia con la vela encendida. ¿Le ha gustado la historia?

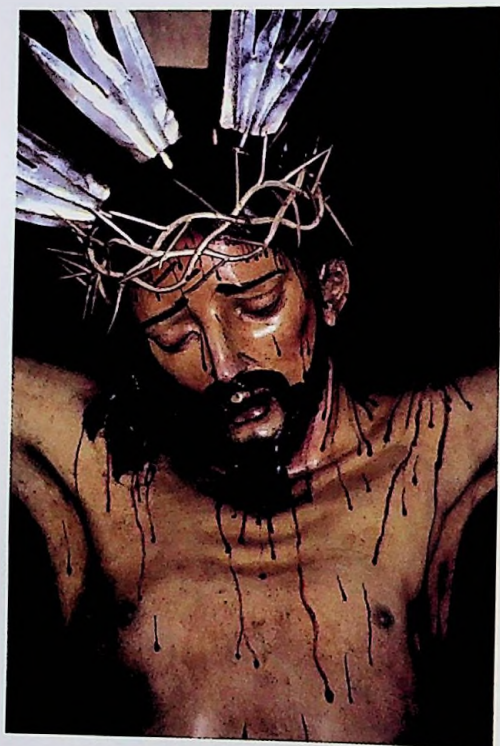
—Pero esto pasaba de verdad ¿no?

—Pues claro hijo, pues claro. ¿Me he ganado la convidá?

—De sobra.

—Cuando quieras vuelve... y tráete perras pa los caldos.

En Cheles la gente pasa por debajo del enorme arco, que nace en el palacio, como buscando ahora la protección que en otra época otorgaba el fuego bendecido de la fiesta de la Candelaria.



Cheles: Cristo de la Paz.